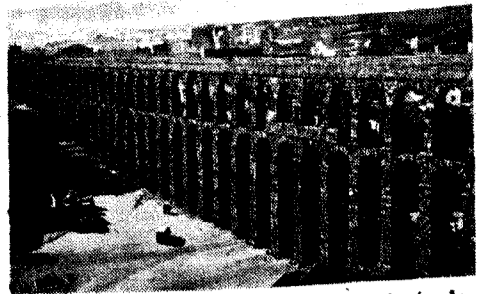


María de Peñalosa, hija de Pedrarias y mujer de armas tomar fue la fundadora de la sociedad nicaragüense a la sombra inquietante del Momotombo.

El Doctor Carlos Cuadra Pasos, mi padre, en una conferencia que fue publicada bajo el título: "DOS HOMBRES, DOS HISTORIAS", establece un paralelo, a la manera de Plutarco, entre dos gobernantes liberales de la misma época, el uno costarricense: DON RICARDO JIMENEZ, y el otro nicaragüense: el General JOSE SANTOS ZELAYA. Cuadra Pasos hacia ver que ambos pueblos, el tico y el nica, descendían de iguales vertientes étnicas (incluso muchos pobladores nicaragüenses integraron las fuerzas que conquistaron y poblaron Costa Rica). Sin embargo, al comparar a ambos gobernantes, los dos convencidos liberales, mientras el uno (don Ricardo) tiene fe en las instituciones libres y cree el mejor método para establecerlas, el practicarlas desde el poder; el otro (Zelaya) cree también en las mismas instituciones, pero, para implantarlas, usa el método impositivo y dictatorial (y mata en germen lo mismo que siembra). Don Ricardo cumple con la ley. Zelaya reforma las leyes que no quiere cumplir. El uno es paternalista, pero respetuoso demócrata. El otro es paternalista autócrata de puño cerrado y absoluto. El uno dedica su energía republicana a desarrollar en diálogo una república libre. El otro, dictador, quiere extender su poder a toda Centro América y promueve revoluciones y quita y pone presidentes.

Cuadra Pasos busca el origen de este actuar político tan diferente y cree encontrar el cabo al hilo en los orígenes. Quien fundó Costa Rica y su política fue un letrado militar, sereno, suave, humanista: VASQUEZ DE CORONADO. Quien fundó la nicaragüense fue el dominante PEDRARIAS quien pidió como gracia al Rey que en los primeros cuatro años de su gobernación no viniera a tierra nicaragüense ni letrado, ni abogado. (Y cuenta Oviedo, cuando Pedrarias, antes de llegar a tierra, ejecutó ahorcado a un pobre marinero por una mala contestación: "Sospecharon todos que el



El Acueducto.... "gigantesca caballería de piedra"....

governador que llevábamos había de ser muy riguroso y hacer cosas de hecho, sin atender derechos")

"Sin atender derechos" se forjó nuestra política. De entonces para acá nuestra historia está poblada de Pedrarias de todos los apellidos. Es una "constante" contra la cual lucha el nicaragüense en una secular oposición que ha ido forjando un carácter. Yo no me desanimo al revisar esta lucha. También la libertad ha dado sus figuras heroicas. No nacen Estradas, Andrés Castros y Sandinos donde no se enfrentan voluntades recias. Somos un pueblo en que se fusionan, desconcertantemente, la risa y el ceño adusto. (Lagos y volcanes). Un pueblo indo-andaluz, riente y burlesco, con una política castellana, severa y sin humor. Pueblo de contradicciones en el cual, hasta ahora, han predominado los Pedrarias de mentalidad egoísta y explotadora, cuyo puño se cierra solamente para provecho propio. Pero en la calistenia de la lucha ¡ya produciríamos un Pedrarias el Bueno, demócrata y socialista, que abra su puño para abarcar y unir a su comunidad marginada!

¡Ya produciríamos—si no cejamos en la lucha— un alcázar segoviano (¿no fue segoviano el alcázar de Sandino?) sobre cuyas altas torres de libertad ondee la bandera de la Justicia!

PABLO ANTONIO CUADRA



EL ALCAZAR DE SEGOVIA.

NOTAS de VIAJE

escrito a máquina



SEGOVIA

cuna de piedra de la política nicaragüense

A Francisco Bravo: saludé en tu nombre —al pie de su estatua— a tu pariente o a lo mejor antecesor, Juan Bravo, el héroe segoviano de los Conquerors de Castilla.

Ciudad ayer revoltosa, bélica, conquistadora - Segovia es hoy recuerdo: Un navío de piedra dorada (cuya proa fuera su imponente Alcázar) surcando mansamente la llanura castellana. Segovia pertenece hoy a la constelación que nuestra civilización llama de "las ciudades muertas" (como Brujas de Flandes o Venecia de Italia) aunque si vamos a ser honrados con la significación de las palabras, son estas ciudades románticas las pocas vivas o vivibles que van quedando en el mundo contaminado y febril del urbanismo contemporáneo. Segovia se reconoce desde lejos por tres monumentales rasgos de su fisonomía: el Alcázar, la Catedral y el Acueducto. Los tres están concebidos y realizados a escala magna —a escala imperial— y quienes idearon sus dimensiones o vivieron su momento histórico o recibieron la influencia dinámica de su grandiosidad, tienen que haber sido —como lo fueron— hombres de exuberante y avasalladora personalidad. (Cuando uno conoce en París las reformas y construcciones urbanísticas realizadas bajo Napoleón —la dimensión de lo imperial en calles y monumentos— comprende que esas medidas traducen la ambición del conquistador de Europa. Así estas piedras segovianas). El Acueducto romano —gigantesca caballería de piedra que avanza en el movimiento de sus arcos— es el más grande y majestuoso acueducto de Europa. Es la arquitectura prepotente del dominio romano con sus 170 arcos, hasta de 30 metros de altura, contruidos piedra sobre piedra, sin argamasa alguna. ¿Puede no despertar osadías y empresas desorbitadas este reto de la piedra que es como una marcha legionaria sobre el mundo? ¿Y la grandiosa catedral de piedras doradas —que no avanza sobre el horizonte como el Acueducto, sino que dispara al cielo la mole de su torre de 88 metros? ¿Y la inmensa capa gótica de su ábside heptagonal, una de las más bellas y monumentales cosas que pudo inventar la arquitectura?

Pero el edificio de más imponente fábrica es el Alcázar. Levantado sobre los abismos de una inmensa roca cortada a pique en la juntura de dos ríos, yergue su triple escalada de muros y todavía tiene ánimo para levantar, doblando su altura una enorme aunque airosa torre central, la llamada Torre de Juan II. ¿Qué se pretendía al construir este coloso? ¿Educar la mirada para ver el mundo a ojo de águila? El pueblo que construyó en toda Castilla estos nidos de águila ¿qué podía empollar sino la futura hazaña del descubrimiento y la conquista de un Nuevo Mundo? Aquí hicieron armas contra el Moro los Alfonsos. Aquí reunió sus cortes el Rey Sabio. Aquí se refugió Enrique de Trastámara huyendo de Pedro el Cruel. (Aquí en este balcón sobre el abismo se soltó, por un movimiento imprevisto de los brazos de su aya, el infante Pedro y cayó desde esta altura mareante. Su aya, desesperada, se arrojó detrás, despeñándose). Aquí escribió Jorge Manrique, huésped de los reyes, sus coplas. Aquí está el amplio y hermoso salón mudéjar donde, por muchos años, fraguó la unidad de España, Isabel la Católica. Pero... oigo pasos altaneros y conocidos. Estas baldosas —¡cuántas veces!— las cruzó un gallardo pero fiero guerrero segoviano a quien decían El

Galán, y otros, por su valor en los torneos, el Gran Justador. Su padre había sido alcaide de este Alcázar. En la guerra de Orán, a las órdenes del Cardenal Cisneros, había tomado, al frente de catorce cristianos, la fortaleza de Bujía defendida por una multitud. Tenía fama de ser el hombre más alto de su época. Su biógrafo lo llama: "tan magnífico como desalmado caballero". Cosa no extraña pues, según el cronista, su familia ha producido "infinidad de hombres enérgicos y ambiciosos, cuyas hazañas y cuyos desmanes llenan las páginas de su historia..."

Estoy hablando de Pedrarias Dávila, el segoviano que llevó a un remoto y pequeño país de América toda la altivez, la prepotencia, el vuelo de ambición y la férrea voluntad de este Alcázar.

Bajemos a la ciudad. Recorrer las calles de Segovia, ver sus casonas y sus torres, leer sus nombres, visitar sus archivos es enhebrar la aguja con los primeros hilos de la historia patria. Para nuestro mal y para vuestro bien esta ciudad es la cuna de la política nicaragüense. Aquí está la torre de los Arias Dávila —¡no un palacio o una casona sino una torre!—; ¡torre cuyo peso aplastante sintieron en nuestras tierras dos hidalgos fundadores, el grande y claro Núñez de Balboa y el grande aunque turbio Hernández de Córdoba! Aquí está la casa de Isabel de Bobadilla, su mujer. A tal señor, tal señora: cuenta un historiador que su madre, doña Beatriz, al verse presionada por el Rey para casarse con quien no quería, le enseñó a la reina un puñal desnudo y le dijo que con él le quitaría la vida al Maestre de Calatrava con quien pretendían casarla. Aquí está la casona de los Contreras. Aquí vivió el yerno de Pedrarias, Rodrigo, su sucesor en la Gobernación de Nicaragua... (Los vecinos de Granada escribían al Rey quejándose —¿sería en 1544 o en 1974?— de que el viejo Pedrarias ejercía en la Provincia "absoluto imperio" y acusándolo de pretender mantener "a perpetuidad su ambición", atribuyéndole, además, propósitos de "transmitir su poder a sus descendientes"). Pocas veces se organizó en la fundación de América una armada más numerosa, escogida y flamante que la de Pedrarias. Veinticinco naves con gentes seleccionadas por el propio Rey —desde hidalgos y aristócratas hasta labradores y artesanos distinguidos— y entre esos dos mil pasajeros ¿cuántos segovianos pasaron a Nicaragua? ¿Cuántos al servicio del férreo Gobernador? Los documentos citan damas, niños y hasta "esclavas blancas" al servicio de doña Isabel. (Ella dijo: "Amado esposo: me parece que nos unimos desde jóvenes con el yugo marital para vivir juntos, no separados. Ningún género de peligro o muerte puede sobrevenirme que no sea para mí más llevadero que el vivir separada de tí por tan inmensa distancia. Escoge una de dos cosas: o me cortas el cuello con la espada o consientes en que te acompañe". Y así, con tal resolución, fue la Bobadilla una de las primeras mujeres españolas que sentó sus reales en América)...

Todo este injerto de aventura, de voluntades indomables, de ambiciones sin límite, de sangres bulliciosas y alzadas quedó en Nicaragua. Y quedó la huella, el surco abierto en nuestra política por esos dos primeros gobernadores que de aquí —de Segovia— salieron: el "magnífico y desalmado" Pedrarias y el discutido Don Rodrigo de Contreras, cuya consorte doña